

Sin embargo, los mayores enemigos de Manés convienen á una en la rectitud de sus intenciones, en la pureza de sus costumbres, en la elevacion de sus miras, en la austeridad de su existencia, en el heroismo de su muerte. Incapacitadas las sectas de rendirse mutuamente los homenajes de la justicia, suelen atribuir las buenas costumbres de los que como ellas no piensan á perfidias de hipocresía y á cálculos de ambicion. Pero cuando un hombre abraza con fe ciertas doctrinas, las defiende con resolucion, vive en la austeridad por ellas, y por ellas muere en el martirio ¿hay más que pedirle? Manés creia ofender á Dios, atribuyéndole ni directa ni indirectamente el origen del mal. En este punto muchos pensadores cristianos le acompañaban; muchos creian tambien al mal una potestad casi omnipotente, y en pugna abierta con la divina gracia. «Dios, decia Lactancio, Dios, ó puede extirpar el mal y no quiere ó quiere y no puede. Si quiere y no puede ¡qué impotencia! Si puede y no quiere ¡qué maldad!» Raciocinando de esa suerte, imposible comprender lo contingente, lo transitorio, lo fugaz, lo limitativo del mal. Elevado por la tristeza de las almas y la tristeza de los tiempos á una especie de omnipotencia, imposible comprender que el mal no existe en la universalidad y en el conjunto de las cosas, sino que proviene de los límites, los cuales por todas partes nos cercan y en cuyas espinas se desgarran y se ensangrienta nuestra naturaleza. Hecho el mal un Dios, la bondad misma de quien tal cosa creia le arrastraba necesariamente á separarlo y distinguirlo del Dios de la verdad, de la bondad y de la justicia. Error grande este dualismo, error condenable á todas luces, pues destrona la unidad de Dios sentida por la razon teórica, la unidad del mundo demostrada por la experiencia y por la práctica; y error, que no puede prevalecer en nuestro tiempo, pero que se comprende y que se explica en edades tristes y penosísimas, en las cuales la naturaleza indómita, la sociedad tiranizada, la casta pujante, la guerra perpetua, la peste casi de continuo en los aires, la desesperacion posesionada de los corazones, los siervos abajo y arriba los tiranos hacian creer al hombre que el mal tomaba en la vida toda la fuerza, toda la autoridad, toda la grandeza de un Dios verdadero. Manés creia que la unidad divina, la monada, era el bien; que la materia era el mal; que aquella unidad se componia de luz pura y esta materia de tinieblas espesas; que la creacion de la materia parecia cosa indigna

de Dios y el cuerpo del hombre centro de todas las pasiones mas indigno todavía; que las tres personas de la Trinidad existian, pero no consustancialmente y no de toda eternidad, puesto que el hijo coincide con la creacion del mundo; que por la diversidad de los efectos, pésimos unos y óptimos otros, se observa la diversidad de las causas; que en la cima del universo está Dios siempre tranquilo y feliz, mientras que en el fondo del espacio, en sus abismos insondables, las tinieblas, las tormentas, los lodazales, el fuego destructor, el humo asfixiante, los séres perversos é inmundos, las verdaderas criaturas y engendros verdaderos del eterno mal. Así es, en resumen, la doctrina dualista, consagrada por la antigua religion de la Persia é ingerta en una especie de Cristianismo gnóstico por el audaz pensamiento de Manés.

Si ha costado tanto averiguar el curso de las cosas materiales; si ayer mismo se ha descubierto la gravitacion de los cuerpos; si tantos siglos y tantos instrumentos se han necesitado para descubrir las esencias contenidas en los aires y en las aguas, ¿qué no se necesitará, tratándose de averiguar las corrientes misteriosas de las ideas, su filtracion milagrosísima, su eclipse en el alma de unas generaciones, su renacimiento inesperado en el alma de otras generaciones apartadísimas? Esta herejía de Manés, que brota naturalmente en Persia como tierra apropiada por completo á su desarrollo, no se detiene en el lugar de su nacimiento; la persecucion, que cree reducirla y aun exterminarla, ¡oh! la propaga y la difunde. Los discípulos de Manés huyen de la corte de los persas y corren hácia los cuatro puntos del horizonte; y el Egipto y la antigua tierra de los escitas y la Siria y la Judea y el Africa y las Galias y las Españas tienen multitud de sectarios suyos en los siglos cuarto y quinto. Los Emperadores romanos, que abrazaran el cristianismo, los Papas, que rigieran la Iglesia de Occidente, los varios sínodos y concilios celebrados en diversas regiones de la cristiandad los persiguieron á muerte y se gloriaron de haberlos implacablemente aniquilado. La lógica de San Agustin y su elocuencia africana cayeron con abrumadora pesadumbre sobre la secta y los sectarios; las espadas de los últimos generales romanos, ociosas ante los bárbaros, mordieron á los maniqueos; quemáronse sus libros; esparciéronse sus adeptos; la doctrina quedó borrada de la conciencia

humana, el nombre casi olvidado en la historia; unas cuantas objeciones de sus contradictores apasionados nos sirven hoy para conocer y estudiar toda su ciencia; jamás el cetro se ha parecido tanto á la guadaña de la muerte y jamás ha segado con tanta fuerza los brotes de las ideas; y sin embargo, á fines del siglo undécimo, cuando no se hablaba ya ni de los gnósticos, ni de los montanistas, ni de los priscilianistas, ni de los pelagianos, ni de los nestorianos, ni de los arrianos, ni de los iconoclastas, aparece en Francia el dualismo de Manés, llevándose en pos de sí la parte mas luminosa y mas privilegiada de sus hermosos territorios: prueba evidente esta del poder que tienen por sí mismas las ideas y de la ineficacia y de la inutilidad completa de las persecuciones materiales.

¿Dónde habia estado tanto tiempo como depositada la idea? ¿Qué pueblo la habia tenido entre sus creencias y la habia guardado cuidadosamente en su seno? ¿Por qué maravillosa coincidencia quedaba en tierras misteriosas de Europa lo mismo que parecia de raíz extirpado en el seno de la humana conciencia? Tres razas capitales invadieron la Europa romana en los últimos dias del romano imperio. La primera la raza germánica que atravesó el Rhin y el Danubio; la segunda la raza mongólica que se estableció en Hungría; la tercera la raza eslava que vino despues de la muerte de Atila á extenderse y arraigarse por las regiones orientales donde hoy la vemos, y con especialidad en aquellos puntos como la Bulgaria, como la Servia, como la Croacia donde ha resistido con tanto vigor y tanto empeño á la segunda irrupcion de los mongoles consumada por las legiones de los turcos.

Allá, por el año 488, cuando los ostrogodos se apartaban de Italia en guisa de devastadora inundacion que se retira y retrocede, aparecen allende el Danubio en numerosa y confusa multitud las tribus de los eslavos. Paso á paso, y de victoria en victoria, se apoderaron de todo el territorio extendido desde las bocas del Danubio hasta las montañas de Taygetos. A fines del siglo quinto señoreábanse de Tracia, y á principios del siglo sexto de Macedonia, de Epiro, de Tesalia, hasta tocar aquellos desfiladeros de las Termópilas, los cuales parecian eternamente defendidos y guardados por el inmortal sacrificio de Leonidas y sus trescientos espartanos. En el siglo sexto, con esa movilidad de las razas del Norte parecidas á tierras de aluvion y de acarreo,

dejaron la Dacia, la Valaquia y la Moldavia. De la Dacia derramáronse por la península de los Balkanes; y su lengua se habló desde los valles felices de la Arcadia hasta los agrios desfiladeros de la Bucovina, desde el lago Platen hasta la Propontide. La incuria, la indiferencia, la imbecilidad de los Emperadores bizantinos dejó que la raza eslava predominara sobre la raza griega en aquellas mismas regiones, cuyos aires estaban impregnados con los cánticos y cuyas piedras consagradas por los sacrificios de Grecia. A mediados del siglo séptimo los eslavos se hallaban ya en grandes proporciones repartidos, y con profundidad arraigados en la vasta península de los Balkanes. Estos pueblos bárbaros necesitan del azote de otros pueblos mas bárbaros que ellos todavía, para comenzar sus irrupciones, y despues de comenzadas, para establecerse y para fijarse con ciertas apariencias de Estado allí donde han caido. Por ejemplo, cuando las irrupciones germánicas se mueven, la ola de un pueblo empuja la ola de otro pueblo, y así van á caer sucesivamente sobre el imperio romano. Acampadas en el Turkestan las tribus eslavas pasaron á las orillas del Eufrates, de las orillas del Eufrates á los bordes occidentales del mar Caspio, de los bordes occidentales del mar Caspio á las riberas europeas del mar Negro y á la desembocadura del Danubio, porque los impulsaron los hunnos y les hicieron ir por fuerza de unas á otras regiones. Pues bien, para establecerse, para arraigarse y para quedar definitivamente como hoy los vemos en sus diversas ramificaciones, entre griegos, búlgaros, servios, rumanos y croatas, necesitaron que otra espada los disciplinara, obligándoles á una organizacion regular en la milicia, rudimento de otra organizacion superior en la política. Aquellas tribus mongólicas de los hunnos determinaron, como hemos dicho, en el siglo quinto sus irrupciones, y las tribus de los avaros determinaron su establecimiento en el oriente de Europa y su definitiva organizacion.

Estas razas eslavas fueron naturalmente maniqueas antes de Manés. Guerreras por su complexion, no comprendian la unidad superior del Universo y fundaban sus creencias teogónicas en los empeños de una eterna guerra. Así creian en el Dios del mal y en el Dios del bien. Cuando á fines del siglo cuarto se movieron, encontraron por necesidad el Cristianismo en su camino. Mas, á causa sin duda de que el Cristianismo no estaba puro en las

regiones orientales sino mezclado con multitud de sectas, por esas maravillosas combinaciones químicas de la historia, creyeron y aceptaron la fe mas en armonía con sus pristinas creencias. Naturalmente dualistas en su primitiva y rudimentaria religion, toparon luego con el dualismo superior de Persia, que arraigó aun mas sus creencias, dando cierto aspecto de dogma á principios provinientes de instintivas inclinaciones mas que de la reflexion y de la fe. Y cuando, heridas por la grandeza del Cristianismo, se hicieron cristianas, aceptaron entre las varias sectas encontradas al paso las mas apropiadas á sus antiguas creencias. Y ninguna como la secta de Manés, que acertó á ingerir dentro del Cristianismo la antigua dualidad persa. Sucedió con los eslavos algo de lo que sucediera antes con las familias germánicas, las cuales, al llegar á los centros de cultura, heridas por la luz cristiana, aceptaron el Cristianismo y dentro del Cristianismo la secta que mas á su naturaleza cuadraba y mas se avenia con sus creencias, la secta de Arrio. Los mas rudos entre los pueblos germanos, es decir, los francos, fueron los mas prontos en abrazar el catolicismo, y despues de abrazado, en sostenerlo tenazmente. Pero los semicultos godos y ostrogodos no abrazaron la fe católica, hasta que no se convencieron de dar á los romanos vencidos, superiores á ellos en cultura, tal prueba de conciliacion y tal base de inteligencias futuras. Los eslavos, dualistas por su religion primitiva, dualistas por su contacto con las fronteras de Persia, escogieron y abrazaron, al hacerse cristianos, el Cristianismo dualista personificado en el pensador Manés y en sus discípulos y sectarios los conocidos maniqueos.

Algo hicieron en esta misma esfera de lo que habian hecho los godos y ostrogodos en la suya. Como los vencidos griegos aparecieran mas cultos pero menos fuertes que ellos, los dominaron por la autoridad y se sometieron por la inteligencia. Aceptaron, pues, la religion griega, pero quedando en esencia, siempre dualistas. Los búlgaros aparecen los mas maniqueos entre todos los pueblos eslavos. Y como quiera que el maniqueismo, cual todas las herejías, daba grande asunto no solo á las disputas, sino tambien á las guerras religiosas en el Imperio bizantino, los maniqueos tomaron diversos nombres para ocultar el alma y la naturaleza y la sustancia de sus respectivos dogmas. Los mas célebres entre los maniqueos búlgaros eran los bogomilos,

milos, que deben ser estudiados con atencion, porque ellos forman el nexo necesario entre la doctrina persa de Manés que comienza en el siglo tercero de nuestra era y la doctrina occidental de los albigenses que tan soberano influjo ha de ejercer en el desarrollo de la conciencia europea y tantas semillas ha de echar en el seno de la revolucion religiosa. Tomó el maniqueismo, ó mejor dicho, tomaron sus sectarios dos nombres, el nombre primero de paulicianos y despues el nombre de bogomilos. Origináronse aquellos de una persecucion. En 685 dispuso uno de esos Césares bizantinos, tan dados á entender en las cosas dogmáticas, que los maniqueos fueran requeridos á presentarse ante sus autoridades y luego quemados. Muchos padecieron el martirio, y los mas débiles ó los mas afortunados tomaron el nombre de paulicianos para ocultarse á las investigaciones imperiales.

No habia escritor famoso que no esgrimiera su pluma contra estos sectarios. San Juan Damasceno escribió un diálogo y Focio mismo cuatro libros. Pero indudablemente los mas célebres entre todos los maniqueos eran los bogomilos, como hemos dicho antes, que brillaron desde principios del siglo décimo á fines de este mismo siglo. Proviene su nombre, como el de todos estos sectarios, del nombre de aquel que fundó la secta, del nombre de Bogomil, quien constituyó una fase del dualismo, término medio en la serie de los tiempos y en la serie de las doctrinas, entre el pensamiento de los maniqueos y el pensamiento de los albigenses. Rodeóse el nuevo revelador de discípulos y sectarios, pacíficos por su complexion, conciliadores por sus ideas, enflaquecidos en la penitencia y en la maceracion, amarillentos de color, austeros de carácter, sumidos en las meditaciones místicas, y tan graves y sesudos que jamás los vió reir á carcajadas persona alguna en el mundo, porque creian la risa una tentacion de Satanás y la carcajada una victoria satánica. Dos principios admitian: la bondad divina y la divina maldad, ambas omnipotentes; creadora la primera del cielo invisible y perfecto, donde habitan los bienaventurados, revestidos de un cuerpo celestial, y creadora la segunda de este mundo contingente, donde habitamos todos los doloridos, todos los apenados, todos los infelices sujetos á las tristezas del dolor y á las voracidades de la muerte. Cuentan estos sectarios que Satanás, la divinidad mala, extendió como una tienda el cielo, fundó como un hogar ó una casa la tierra, y del